

Irán y el arco chií

Ignacio Álvarez-Ossorio y Cristina Casabón

Algo está cambiando en Oriente Próximo. Los años de aislamiento de Irán han llegado a su fin y su plena rehabilitación parece ser cuestión de tiempo. A pesar de que Teherán no ha modificado su política exterior ni ha promovido una reforma interna, las sanciones occidentales han empezado a levantarse. Este giro se explica aludiendo a varios factores, entre ellos el creciente peso de Irán en el tablero regional y el acuerdo sobre su programa nuclear. La rehabilitación está siendo acompañada de una intensificación de las tensiones con Arabia Saudí. La rivalidad entre ambos países no ha dejado de incrementarse desde que Estados Unidos derrocó a Sadam Husein, decisión que rompió los equilibrios regionales, colocó a Bagdad en la órbita de Teherán y desató una ola de violencia sectaria cuyas réplicas se sienten hoy en Irak, Siria y Yemen.

La consolidación del arco chií

El régimen iraní vive uno de los momentos más dulces desde el triunfo de la Revolución Islámica de 1979. Por primera vez no debe preocuparse por

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante y coordinador de Oriente Próximo y el Magreb en la Fundación Alternativas. **Cristina Casabón** es analista en el departamento de Políticas Euromediterráneas del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed) y cofundadora de Baab Al Shams.

La creciente tensión entre Arabia Saudí e Irán tiene efectos desestabilizadores en Oriente Próximo y en el interior de esos dos países. La movilización de la población chií en el conflicto sirio y en el yemení amenaza con reconfigurar las identidades sectarias en la región.

garantizar su supervivencia política, sino que además goza de una proyección exterior con la que difícilmente hubiera soñado hace tan solo unos años. Irán ha sabido mover de manera acertada sus peones regionales para extender su influencia en Oriente Próximo.

La ocupación estadounidense en Irak allanó el terreno para que Irán tutelase el gobierno sectario establecido en Bagdad, y la intervención iraní en la guerra siria favoreció la intensificación de los lazos con Bachar el Asad. La caída del presidente Abdallah Saleh en Yemen permitió, a su vez, el ascenso del movimiento Ansar Allah, que aglutina a los chiíes de la corriente zaidí. Sobre este suelo fértil, Irán ha formado un arco chií que va desde Irán hasta Líbano pasando por Irak y Siria, extendiéndose a otros países de la península Arábiga con población chií, ya sea mayoritaria como en el caso de Bahréin o minoritaria como Yemen.

De esta manera, Irán se ha convertido en una potencia regional que dispone de una profundidad estratégica sin precedentes. La irrupción en escena del autodenominado Estado Islámico (Daesh, en sus siglas en árabe) no ha debilitado Irán, sino más bien al contrario. Los presidentes de Irak, Haider al Abadi, y Siria son ahora más dependientes de su patrón iraní, que no ha dudado en desplegar a la Guardia Republicana en dichos países para apuntalar a sus aliados y frenar el avance yihadista. Una muestra de este peso específico es que incluso EEUU se vio obligado a

coordinar sus operaciones con las fuerzas iraníes para expulsar a Daesh de Tikrit en marzo de 2015.

Por otra parte, Irán ha fortalecido sus lazos con el Hezbolá libanés y también está detrás del crecimiento de las diferentes milicias chiíes que operan tanto en Siria como Irak. Dichas milicias, entrenadas y armadas por la Guardia Republicana iraní, se encuentran desplegadas en torno a los principales santuarios chiíes desperdigados por la región, y han asimilado la ideología del *velayat-e faqih* (gobierno) que implica la lealtad política, social y religiosa al líder supremo iraní, Alí Jamenei. Uno de los principales mecanismos de movilización de estas milicias chiíes es precisamente la necesidad de frenar el avance de Daesh y la expansión del wahabismo, consideradas por Teherán como dos caras de la misma moneda.

Los desafíos del Irán nuclear

El desarrollo del programa nuclear iraní guarda una estrecha relación con el aumento de la presencia de EEUU en el golfo Pérsico desde comienzos del siglo XXI. Tras los atentados del 11-S, EEUU invadió Afganistán e Irak estrechando el cerco sobre Irán, al que encuadró en el “eje del mal” y presentó como principal peligro para la estabilidad regional. Ante la posibilidad de que la administración de George W. Bush pasara de las palabras a los hechos, el régimen iraní intensificó su programa nuclear con el objeto de blindar el país frente a una eventual agresión militar.

Esta decisión encendió las alarmas en Arabia Saudí, que consideró que un Irán nuclear representaría una amenaza sin precedentes no solo para el reino sino también para el conjunto de integrantes del Consejo de Cooperación de Golfo, que nació con el propósito de frenar la influencia iraní en la zona. Ante la posibilidad de que se desatase una carrera nuclear en una región tan sensible, el G5+1 (formado por los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania) decidió entablar negociaciones con Irán para evitar que dicho programa tuviese derivaciones militares. El 14 de julio de 2015 se alcanzó un acuerdo para limitar el enriquecimiento de uranio a cambio del progresivo levantamiento de las sanciones internacionales que pesaban sobre el país.

En clave interna, este acuerdo representa un claro éxito tanto del presidente Hasan Rohaní como de los sectores moderados, que vieron recompensada su apuesta por las negociaciones al imponerse en Teherán en las elecciones parlamentarias de febrero de 2016. En clave regional, el acuerdo

implica no solo la rehabilitación iraní, sino también el reconocimiento del peso específico del país y, por consiguiente, una nueva repartición de poder en Oriente Próximo. La nueva coyuntura permitirá a Irán modernizar sus infraestructuras y su industria, así como importar tecnología de última generación y renovar sus fuerzas armadas. China y Rusia serán probablemente los principales beneficiados de esta apertura, aunque también los países occidentales esperan obtener su parte del pastel, tal y como demuestra el incesante goteo de visitas de empresarios y políticos al país persa.

El principal perjudicado por la nueva situación podría ser el régimen saudí, no solo por el aumento de la proyección regional iraní sino también porque la exportación del crudo iraní podría traducirse en un nuevo descenso de los precios del petróleo. Los saudíes han dejado claro que consideran el mercado del petróleo la primera línea de su política exterior, y su táctica de desbordamiento del crudo ya ha sido empleada con éxito en el pasado. No debe olvidarse, tal como recordara Andrew Scott Cooper en *The New York Times* el 12 de marzo de 2016, que “el ahogamiento de petróleo de 1977 no fue la única causa de la revolución iraní, pero sin duda fue un factor determinante que desestabilizó el gobierno del sah, al contribuir al ascenso del islam político en Irán”. La caída del precio del petróleo podría arrastrar también a Arabia Saudí. Para evitar el colapso de sus finanzas, Riad se verá obligada a realizar drásticos ajustes en el gasto público, lo que a su vez podría soliviantar a las clases más desfavorecidas y provocar brotes de descontento entre la población.

¿Hacia una nueva guerra fría?

No es ningún secreto que la Revolución Islámica en 1979 intensificó las diferencias entre Irán y Arabia Saudí. Desde entonces, sus relaciones bilaterales han estado condicionadas por el antagonismo religioso-ideológico y la competencia geoestratégica. En realidad, las ambiciones hegemónicas iraníes no solo se explican aludiendo al factor religioso o al carácter revolucionario del régimen puesto que, como subrayan Behnam Ben Taleblu y Karim Sadjadpour en “Irán en Oriente Próximo: aprovechando el caos”, publicado por Fride en 2015, “ningún país de la región cuenta con una combinación como la de Irán en cuanto a tamaño geográfico, ubicación estratégica, población numerosa y educada, historia antigua y vastos recursos naturales. Independientemente de quién gobierne Teherán, estos atributos siempre alimentarán aspiraciones de primacía regional”.

La intensificación de la rivalidad irano-saudí experimentada desde la entrada en el siglo XXI también guarda una estrecha relación con los bandazos de la política exterior de EEUU. Si la doctrina Bush se caracterizó por su intervencionismo en Oriente Próximo, la doctrina de Barack Obama lo hace precisamente por lo contrario. La firma del acuerdo en torno al programa nuclear iraní marca un punto de inflexión en las relaciones americano-iraníes y anuncia un reequilibrio de las relaciones de EEUU en la zona. Como el propio Obama reconoció recientemente, “la competencia entre los

Para Teherán, el principal peligro para sus intereses en Oriente Próximo sería un gobierno suní en Siria tutelado por Riad

árabes y los iraníes, que ha ayudado a fomentar el caos y las guerras subsidiarias en Siria, Irak y Yemen, nos obliga a decirles a nuestros amigos, así como a los iraníes, que deben encontrar una manera eficaz de compartir el territorio”.

Efectivamente el escenario post-primavera árabe en estos tres países se caracteriza por un

creciente intervencionismo no solo de Irán y Arabia Saudí, sino también de diferentes milicias chiíes y de grupos de orientación yihadista, muchos de los cuales se alinean con los intereses de cada una de las dos potencias. La estrategia de Teherán pasa por reforzar y armar a sus *proxies* en aquellos países que disponen de población chií. Riad, por su parte, pretende restablecer el equilibrio regional en Oriente Próximo existente antes de la intervención estadounidense en Irak, para lo que recurre a lo que Madawi al Rasheed ha denominado el “sectarismo como estrategia contrarrevolucionaria”, que pasa por el exacerbamiento de las tensiones entre las corrientes suní y chií.

Esta guerra fría irano-saudí no solo tiene derivaciones regionales sino también domésticas. Arabia Saudí cuenta con un 15% de población chií, que no dudó en movilizarse para exigir un trato igualitario al resto de ciudadanos cuando se desató la primavera árabe. Al frente de los manifestantes estuvo el líder chií Nimr Baqir al-Nimr, que sería ejecutado en enero de 2016 provocando una nueva oleada de protestas en Bahréin, Líbano, Irak e Irán, donde los manifestantes llegaron a prender fuego a la embajada saudí. Este incidente fue respondido por Arabia Saudí, Bahréin y Sudán con la ruptura de relaciones diplomáticas con Irán.

El gran juego de Oriente Próximo

Siria, que lleva cinco años sumida en una cruenta guerra civil, se ha convertido en el principal frente de choque irano-saudí. Teherán considera Damasco su principal aliado estratégico en Oriente Próximo y el mantenimiento de El Asad en el poder se ha convertido prácticamente en un asunto de seguridad nacional. Siria y Hezbolá forman parte del “eje de resistencia” ante Israel abanderado por Irán, por lo que representan una primera línea de defensa para el mantenimiento de la influencia iraní en la región.

Desde el inicio de las movilizaciones populares contra El Asad, Irán consideró que el principal peligro para sus intereses sería el establecimiento de un gobierno suní tutelado desde Riad, que cerrase las vías de aprovisionamiento de Hezbolá. Por esta razón ha prestado un decisivo respaldo político, económico y militar al régimen sirio que se ha demostrado vital para garantizar su supervivencia. Al mismo tiempo, ha intensificado sus relaciones con las diferentes milicias armadas que gravitan en torno al régimen para tratar de preservar su influencia en el Levante en caso de una eventual caída de El Asad.

Como recuerda Phillip Smyth en *The Shiite Jihad in Syria and Its Regional Effects*, Irán ha desplegado en territorio sirio a asesores militares y fuerzas de la Guardia Revolucionaria que junto a Hezbolá se han encargado de adiestrar y aprovisionar a las Fuerzas de Defensa Nacional (FDN); milicias armadas que han ido desplazando de sus funciones a un ejército regular cuestionado por su incapacidad para frenar el avance de los grupos rebeldes. Igualmente, Irán también está ayudando a una miríada de milicias chiíes iraquíes a combatir a Daesh. Este apoyo iraní a sus *proxies* le permite extender su ideología y preservar sus intereses al margen de las decisiones de Damasco y Bagdad.

Desde un primer momento, Riad trató de debilitar a El Asad mediante el apoyo a la oposición política y a los grupos armados suníes. La prioridad de la política exterior saudí es contener Irán, pero también expandir el wahabismo, lo que explica que dicha ayuda se haya canalizado a través de formaciones de orientación salafista como el Frente Islámico o el Ejército del Islam, que pretenden imponer un Estado islámico regido por la *sharia*. Dichos grupos, además, son considerados por Riad como un contrapeso a Daesh, en cuyas filas combaten, según The Soufan Group, al menos 3.000 saudíes.

Irán también ha movilizado a Hezbolá para impedir la caída de El Asad. La milicia chií, que cuenta con especial presencia en la frontera sirio-libanesa, ha aportado una robusta y bien entrenada fuerza militar que se ha alineado

y coordinado con la fuerza iraní de élite Al Quds, proporcionando soporte logístico, entrenamiento y formación militar a grupos paramilitares como las FDN. Hezbolá también se ha asegurado el control de las rutas de suministros entre Líbano, Siria e Irán. Su líder, Hasan Nasrallah, ha justificado su injerencia en Siria aludiendo a la necesidad de combatir a los grupos yihadistas, a los que tacha de *takfiríes* por su aplicación sistemática de la excomunión a todos los que no comulgan con sus planteamientos. Significativo es también el papel de las milicias iraquíes desplegadas en los santuarios chiíes en Siria, que han establecido una estrecha relación con Hezbolá y Al Quds, funcionando como un tercer *proxy* sobre el terreno.

Otro de los escenarios de esta confrontación irano-saudí es Yemen, donde la combinación de colapso estatal, vacío de poder, demandas federalistas, fracturas tribales, movimientos separatistas, irrupción yihadista, corrupción sistémica e intervención foránea han provocado el colapso estatal. Tras la caída del presidente Saleh, los huzíes de Ansar Allah plantearon sus reivindicaciones de corte federalista como medida para superar el tradicional abandono de las zonas zaidíes por el poder central. Ante la debilidad del nuevo presidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi, los huzíes iniciaron una fulgurante expansión territorial que los llevó a extender su autoridad desde su feudo norteño de Saada hasta la propia capital Saná e, incluso, capturar Adén. Los huzíes cuentan con el apoyo de un significativo sector del ejército yemení leal a Saleh, así como de Irán.

En marzo de 2015, Arabia Saudí se puso al frente de una coalición de países suníes para tratar de derrotar al movimiento huzí y restablecer a Hadi en la presidencia. La preocupación del rey Salman y de su hijo Mohamed, ministro de Defensa, es que Yemen se convierta en un satélite iraní. El pretexto para justificar esta intervención militar fue estabilizar el país y garantizar la libre navegación a través del estrecho de Bab el Mandeb, que da acceso al mar Rojo. Lejos de cumplir sus objetivos, la intervención saudí solo ha agudizado los problemas endémicos de Yemen, ya que en su primer año ha provocado más de 6.200 víctimas y forzado el desplazamiento de 2,7 millones de personas.

¿Hacia unas fronteras sectarias?

Cinco años después de la primavera árabe se puede afirmar que asistimos a una reconfiguración de las identidades sectarias en Oriente Próximo espoléada por la rivalidad irano-saudí. Siria, Irak y Yemen se han convertido en Estados fallidos donde no existe una autoridad central que controle la tota-

lidad del territorio ni disponga del monopolio de la violencia. El hecho de que estos tres países sean enclaves vitales para los intereses de Irán y Arabia Saudí explica tanto la progresiva sectarización como la regionalización de los conflictos en los que están inmersos. La irrupción de grupos terroristas como Daesh en Siria e Irak y la expansión de Al Qaeda en Yemen son un síntoma más de esta descomposición estatal. La deriva actual de Oriente Próximo está estrechamente vinculada con la guerra fría que libran ambos países por la hegemonía regional.

Irán y Arabia Saudí tienen una importante responsabilidad en el surgimiento de diferentes milicias armadas chiíes y suníes que actúan primando lógicas sectarias en lugar de nacionales. Así, por ejemplo, parte de la población iraquí chií se solidariza con el gobierno de El Asad y con los alauíes por considerar que se encuentran bajo amenaza tanto de las fuerzas salafistas como de las aspiraciones hegemónicas de Arabia Saudí. “Mientras que antes de 2011 los iraquíes chiíes rara vez pensaron en alauíes sirios o zaidíes yemeníes como compañeros, ahora podemos hablar de un sentimiento de pan-chiísmo regional entre estos grupos”, señala el analista iraquí Ibrahim Al-Marashi. Esta tupida red regional de organizaciones actúa como un organismo interconectado y nutrido de un mensaje radical, en el cual Teherán promueve su papel como defensor y representante de la causa chií, mientras que Arabia Saudí, por su parte, hace lo propio al presentarse como punta de lanza del islam suní, cuando en realidad aspira a “wahabizar” el sunismo.

Irán ha demostrado una extraordinaria habilidad para crear y conectar a grupos paramilitares sectarios aliados en Siria, Irak y Yemen con el objeto de preservar sus intereses a medio y largo plazo. El sectarismo se ha convertido en un instrumento para extender la influencia regional de Irán y también de Arabia Saudí.

En este escenario empiezan a aparecer iniciativas para redibujar con criterios sectarios las fronteras fijadas hace ahora un siglo por el Acuerdo de Sykes-Picot. La Constitución iraquí de 2005 estableció un Estado federal para tratar de desactivar las tensiones entre chiíes, suníes y kurdos, pero en lugar de resolver el problema sectario, acabó agravándolo. En las negociaciones de Ginebra sobre Siria también se ha puesto sobre la mesa la carta del federalismo como medio de salvaguardar la autonomía de las regiones kurdas. En Yemen hay cada vez más voces que demandan la división del país. Todo ello pone en evidencia que la confrontación irano-saudí puede acabar forzando una redefinición del mapa de Oriente Próximo tal como se conoce hoy.